

LA CONQUISTA DE LAS MESETAS. /

/"La Estafeta", Madrid, 11 setiembre 1899/

LA CONQUISTA DE LAS MESETAS.

II

Es inútil que se excite al capital a la conquista de las mesetas. Cuando no lo hace, será, de seguro, porque no le conviene. Es muy fácil hablar de rutina y de falta de iniciativa; pero no tan fácil indagar si esta supuesta falta no obedece a profundas razones económicas. Por mi parte propendo siempre a creer que el capital en cada país y cada época hace lo que más le conviene, y que el juego, realmente automático, del proceso económico, obedece a más honda lógica que todas las teorías de los regeneradores. En el caso concreto en que en estos artículos me ocupo, pareceme que el capital se lucra más del estado lamentable en que las mesetas se hallan, que se lucraría de intentar mejorarlas.

Es más: creo que la situación en que la agricultura central se halla es uno de los más poderosos soportes de las industrias de la periferia, y que una de las funciones económicas de los desolados páramos es producir una población excedente y con ^{ella} brazos baratos para las fábricas.

Ante todo, ¿como se encuentra esa agricultura que algunos piden, con sobrada precipitación de juicio, que tomen a su cuenta los capitalistas de nuestras regiones industriales y que la industrialicen?

Su estado en general lamentable y las quejas continuas. Y tal estado depresivo no es peculiar a España.



La crisis agraria es ^{de}casi todo el mundo, respondiendo a una causa general económica, puesta de relieve por los más de los investigadores. Esta causa es la sobrevaluación de las tierras, el enorme precio que éstas alcanzan, causa que es a su vez efecto de otra que indicaremos más adelante.

Todos los economistas de alguna importancia hoy, y sobre todo los agrónomos, señalan el hecho de que las tierras se venden y compran a un precio excesivo, que supera con mucho al que llaman natural, sin que en el modo de determinar la naturalidad de éste puedan ponerse de acuerdo. Ya lo había advertido el insigne Roscher, indicando que el valor de la tierra es desproporcionado a la renta que da (Grundlagen der National Oekonomie, pág. 243, Stuttgart, 1877), y a tal asunto han dedicado sus luces Cooke, Schaeffle, Sering, Von der Goltz y otros, pero sobre todo Ruhland, proponiendo diversos expedientes, inútiles en realidad todos para fijar el precio justo de la tierra u obviar a los daños que su sobrevaluación engendra.

La renta ha crecido enormemente en los treinta años últimos, en desproporción con la productividad del suelo, pero aún más ha crecido el valor en venta de las tierras, ya ^{que} ha bajado el tipo a que se capitalizan, influyendo tal baja en la del tipo del interés normal, o tal vez determinándola, dado que el tal interés normal varía, como es sabido, en razón inversa del precio del grano.

Sin andar rebuscando casos extremos, recuerdo ahora el de una finca cercana a esta ciudad de Salamanca; que rentaba en 1866 8.000 reales; luego que permitieron roturar parte de ella rentó 700 fanegas, que a 30



La conquista de las mesetas II

3

reales hacen 21.000 reales, y renta hoy 1.300 fanegas. Y téngase en cuenta que ha llegado alguna vez a pasar de 60 reales el valor del trigo en los últimos años.

Y a la vez que el valor de la tierra sube no mengua el hambre de ella. Para comprarla se empeñan, se empobrecen y se arruinan los agricultores. La tierra se los come, y más aún que la tierra, su



excesivo precio, la terrible función económica que ejerce.

Es frecuente entre los economistas el aserto de que el capitalista que adquiere una tierra para labrarla por sí deja de emplear en su mejora todo el capital que podría invertir productivamente si la tomase en arriendo, y de aquí el hecho, de que conozco algunos ejemplos, de pequeños propietarios que venden sus tierras para tomar en arriendo las de otros.

Y en punto á renteros, ¿quién no conoce el tipo del rentero trashumante, que como alma en pena, va de arrendamiento en arrendamiento, todos breves é irredimibles todos?

El hecho más grave es que el capital empleado en compra de tierras es un capital improductivo. Si así no fuese, el comprador de la tierra podría volver á obtener inmediatamente—como dice Laveleye (*De la propriété*, etc.),—á préstamo del vendedor, dándole hipoteca, el capital de adquisición para emplearlo productivamente en la tierra comprada. El hecho, además, asentado por varios economistas de que el capital que se dirige en demanda de tierras aumenta á cada disminución del tipo del interés,



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALALES

15.2/228



sería un hecho inexplicable si semejante capital fuese productivo, «porque cuando mengua el tipo general del beneficio, mengua á la par el tipo de interés percibido por el capital que se vierte en adquisición de un fondo productivo, sin que haya razón alguna para que el capital deba afluir en mayor copia á esta última especie de empleo» (Loria. *La costituzione economica odierna*, páginas 367-368. Torino, 1899.)

«Hay—dice por su parte Wittelshofer en el *Archiv für soziale Gesetzgebung*, página 441, 1892)— capitales económicamente improductivos, como son los que se emplean en adquirir propiedad territorial, cuyo valor hinchán inmoderadamente, pudiéndose afirmar que hoy la capitalización gravita donde quiera en esta dirección.»

De este fenómeno, cuya importancia para el caso que aquí tratamos (de la *conquista* de las mesetas) es grandísima, nos da otra prueba la extensión enorme que alcanzan la usura y la hipoteca.

No es el mal verdadero la usura, es el tener que acudir á ella. Y esta verdad, que, aunque parece una perogrullada, se olvida de continuo al declamar contra la usura, la comprende tan bien, con su seguro instinto, el pueblo de nuestros campos, que, no sólo no hace caso á las declamaciones esas, sino que le he oído más de una vez manifestarse reconocido al usurero.





La hipoteca hace estragos y desposee á no pocos pequeños propietarios. Y esas hipotecas se contraen casi siempre á consecuencia del excesivo valor de la tierra. Se empeñan para adquirirla. En donde quiera, en el fondo del malestar agrario, se halla una misma raíz—dice Ruhland,—y es el hecho de que la tierra está gravada con un interés que absorbe la mayor parte del producto.

Ya había advertido antes Stein (*Die drei Fragen des Grundbesitzes*, pág. 147, Stuttgart, 1881) que la propiedad territorial depende cada día más del capital, y que esta es la causa principal del marasmo que aflige á la sociedad contemporánea. ¡Y se quiere remachar más esa cadena, que no otro efecto tendría la *conquista!*

La hipoteca crece de una manera alarmante, y se contrae, no para adquirir capital con que mejorar las tierras, sino para hacer frente al excesivo precio de éstas. Es hipoteca improductiva.

Y á remachar el daño viene el que el interés hipotecario suele ser de común más alto que el interés normal, más que el del capital de adquisición.

El crédito hipotecario corroe á la renta. Si no fuera improductivo el capital tomado á préstamo hipotecario, ¿para qué habría de deducirse del precio de estima de una tierra el débito hipotecario inscrito, como observa muy acertadamente Ruhland?





Para comprar tierras se empeñan los agricultores, no para mejorarlas. Y de aquí, en gran parte, las malas cosechas: de la insuficiencia de capital de cultivo, debido á su vez á la sobrevaluación de la tierra. ¿Quién, entre nuestros labradores, llega á lo que la tecnología agrícola pide, de que el capital de ejercicio sea una mitad del fijo ó un tercio del total? Se obtiene un interés misérrimo al capital de adquisición.

Da pena ver los más de nuestros campos. Entre los desmedrados trigos, en terrenos que á las veces parecen padecer tiña, crecen arrogantes cardos, encendidas amapolas, lindos claveles silvestres, y todo se reduce á aricar los sembrados, sin escardarlos, mientras huelgan brazos robustos. Las enfermedades mismas de la vegetación se deben en gran parte á la insuficiencia del cultivo.

No hace muchos días contemplaba á la orilla de un camino, en unos pobres trigales y en unos garbanzales, á una banda de langostas, destruyendo, como muchos hombres, más de lo que devoran. Acúdense en queja de esa plaga y en demanda de auxilio á la providencia española, al Gobierno, causa y refugio de

todo mal, para que envíe fondos que los labradores se embolsan sin hacer nada por combatir la plaga, ó solda los que pelean contra el bravo enemigo de las cosechas. Con meter el arado por las tierras en que desovan y crían se haría algo positivo; pero, ¿qué se hacía luego de esas tierras, sobre todo si son de pastos?



Tal estado de cosas lleva á los agricultores al cultivo de rafiña, á agotar las tierras. Con el precio que alcanzó últimamente el trigo, pasando de 60 reales, dieron en roturar lo *posío*, en extender el cultivo, pero no en intensificarlo. Faltan abonos, verdaderos abonos. Se extiende el cultivo para lograr alguna mayor productividad, pero sin el aumento de gastos que la intensificación y mejora exige.

Hablando de estas cosas, me decía una vez cierto rico propietario que no quería introducir mejoras en una de sus tierras (se resistía á instalar unos riegos) ante el temor de que el rentero se la esquilmasa. Y éste no las introduce porque no le compensan el gasto y pueden hacer que un día se le suba la renta.

Tal es, en ligero bosquejo, el mal de nuestra agricultura, como de las demás. Sufre bajo el excesivo precio de la tierra, y á su favor aumentan los latifundios de un lado y la miserable propiedad parcelaria de otro, la que no basta á sustentar á un hombre. La propiedad media perece; sólo se sostiene, y no bien, la gran propiedad, y la infima, que, por maravilloso proceso, la alimenta y mantiene.

Y entretanto aumenta el exceso de capital, los depósitos y cuentas corrientes en los Bancos, el dedicado al agio y la especulación. Mientras languidece la agricultura por falta de capital, el capital excesivo sistemático se contenta con cualquier interés, y el capital excesivo automático disfruta del privilegiado cupón y de otros no menos privilegiados beneficios.



15.2/228

Si en un tiempo tuvieron los economistas que predicar sin descanso para que los Bancos adoptaran la reserva del tercio de sus circulaciones, hoy se ve ya que las reservas superan á las emisiones.

—¿Cómo no se emplean en la agricultura esos capitales?—preguntaban los cándidos cuando aparecieron aquellos millones del empréstito patriótico. Es que la agricultura no es patriótica... para la patria del capital.

Y á la vez que sobra capital, sobran brazos, observándose de par con la insuficiencia del cultivo una excesiva oferta de trabajo.

Y así sigue la tisis económica que consume á nuestras sociedades, la depresión que se inició hacia 1879, las antiguas y famosas crisis decenales, convertidas en crisis crónicas; la terrible *sobreproducción*, según algunos; el *sobreahecho*, según otros; la consunción, según todos. Se almacena el oro y la miseria con él. Se encierra en títulos cuanto capital se puede.

¿Por qué—volverán á preguntar los que mirando no más que á la superficie, piden la conquista de nuestras mesetas por el capital que duerme en nuestras regiones más ricas, —por qué no se vuelven ese capital y esos brazos sobrantes á elevar la decaída agricultura, que por falta de capital y de brazos perezce?





Por ahí andan, metiendo mucho ruido, pidiendo economías, canales, Escuelas de Comercio, granjas modelos y otros cuantos ceratos simples de la farmacopea capitalista, las Cámaras de Comercio y las Cámaras agrícolas, la Liga de comerciantes y la Liga de productores.

Allá ellos que se entiendan, si es que logran entenderse. Y así como el borracho de la revolución decía que habría de acabar todo aquello en subir el vino, podemos decir que en subir los aranceles acabará todo esto, ó en cualquiera otra forma de la inevitable protección, origen y paliativo de todo mal.

¿Que por qué no se vierte todo ese capital sobrante ó excesivo al cultivo de nuestros desolados campos? Porque como excesivo hace su oficio, y en su exceso mismo y su improductividad consiste su función; porque es el que mantiene el elevado precio de las tierras, haciéndolas inaccesibles al ahorro del obrero; porque si á tal empleo se vertiese, acabaría por poner en peligro la existencia del interés; porque de la miseria de esta agricultura vive aquella acaparada industria; porque estas desoladas mesetas, que producen más hombres aún que trigo, surten de brazos baratos á aquellas fábricas; porque todo nuestro actual régimen económico se sustenta en tremendas antinomias, en cuyo fondo está el monopolio de la tierra.

Es lo que nos falta ver.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

1.5.2/228